

AIRE Y LUZ

El primer elemento para la vida es el aire; el segundo la luz. Sin aire puro y abundante y sin luz solar directa, los cuerpos mejor organizados y nutridos languidecen y se anemian; pierden la piel el color sonrosado o rojizo que la prestan los glóbulos sanguíneos ricos en hemoglobina, y una palidez térrica, amarillenta o cetrina y casi cianótica denota a simple vista la privación sufrida por un organismo de esos dos elementos primordiales: la luz y el aire puro.

Estos efectos que acabamos de describir actúan lo mismo sobre el hombre que sobre los demás animales y hasta sobre las plantas; es decir, que extienden su acción sobre todos los seres organizados pertenecientes al reino animal o vegetal. ¿Quién no ha observado que las hojas de las plantas que vegetan en sitios oscuros pierden el hermoso color verde que las caracteriza y se tornan amarillentas?

Aer pabulum vitae, decían los antiguos, y para apreciar su necesidad es importancia para la vida y la salud, basta considerar que puede pasarse algunos días sin alimentos, y reducir al mínimo el uso del agua, pero sin aire es imposible resistir algunos minutos sin que sobrevengan la asfixia y la muerte.

En la casa que entra el sol, no entra el médico, dice un proverbio italiano, y aparte la acción excitadora de la luz solar sobre la nutrición y las energías nerviosas, de antaño conocida, las modernas investigaciones sobre la vida y reproducción de los microorganismos, han venido a demostrar que la luz solar es el primero de los bactericidas, o sea que los rayos solares matan los microbios y sus esporas; y como la inmensa mayoría de las enfermedades son producidas por microbios, puede asegurarse que una casa soleada está naturalmente desinfectada y libre de ellos.

Aire puro y abundante y luz solar directa, son por consiguiente las primeras condiciones que debemos buscar en las habitaciones que nos sirvan de vivienda.

La luz solar directa se obtiene por una conveniente orientación del edificio, siendo cosa vulgar por lo sabida, que las casas más bañadas por el sol son las que están orientadas al Mediodía.

En las grandes ciudades, donde la aglomeración de población obliga a aprovechar el terreno y a encajonar las familias en pisos superpuestos, no pueden todos llegar a disfrutar por igual del beneficio de la luz solar directa; pero a todos es posible aprovechar cada día un rato de sol, o sea *solearse*, cosa que en los pueblos realizan los hombres en el campo, y las mujeres hilando la rueca o haciendo calceta a las puertas de sus casas, mientras mueven sus nunca ociosas lenguas femeniles.

Respecto a la provisión de aire puro y abundante, parecía natural que fuese más fácil dar solución a este problema, si la ignorancia de antaño y la codicia de ogaño no anduviesen juntas para alquilar como habitaciones verdaderos nichos en que los desgraciados que los ocupan anticipan su estancia en el Este, pues viven muriendo, privados de la *ración de aire necesaria para cada individuo*.

Porque hay una *ración de aire*, como hay una *ración de alimento*, indispensables para la vida, y mermada o alterada cualquiera de ellas, sobreviene la muerte.

¿Cuál es esa ración de aire para cada individuo en las habitaciones, y sobre todo en los dormitorios? Diez y ocho metros cúbicos por persona y cama, contando además con que las habitaciones tengan *luz y ventilación directas*.

Así lo piden y señalan taxativamente las ordenanzas municipales de Madrid, muy sabias como en general es toda nuestra legislación, muy mal cumplidas como es general vicio en nuestras costumbres.

Ahora bien: ¿Cuántas casas habrá en Madrid que sus alcobas tengan *luz y ventilación directas y diez y ocho metros cúbicos* de aire por persona y cama?

La legislación inglesa prohíbe sea habitada una pieza que no tenga ventana o hueco al aire libre; y las legislaciones francesa y sueca *prohiben alquilarla* que viene a ser lo mismo.

Y es que esta cuestión de la cubicación de las habitaciones para garantizar la cantidad de aire necesario a cada persona de las que conviven en una misma habitación, es de la mayor importancia.

De estudios y observaciones hechos en Inglaterra, resulta que aquellos dormitorios cuya capacidad era sólo de ocho metros cúbicos, producían una mortalidad de 13 por 1.000, mientras que los de una capacidad de diez y seis metros cúbicos, daban solamente un 7 por 1.000.

Lo que viene a comprobar cuanto dijimos al principio: que son tanto o más indispensables que el alimento para la vida y la salud del hombre el aire puro y abundante y la luz.

Y no creemos pecar de exagerados al calificarlos como superiores a los alimentos, pues lo son en efecto; el aire porque oxigena la sangre, y la luz solar como despertadora y vivificadora de las energías del sistema nervioso.

EDUARDO CASTAÑER

CADENAS MONSTRUOS

La compañía inglesa de vapores, *Cunard*, que ha construido en los últimos años buques gigantescos, uno de los cuales bató hace poco el *record* del Atlántico, pese también para estos *galgos del Océano* las más monumentales cadenas de anclaje que se han conocido.

Las cadenas que sostienen las anclas sistema *Lenox*, pesan en conjunto 200 toneladas. Los mayores de sus eslabones tienen de largo la mitad de la estatura de un hombre alto, y su grueso llega a 109 milímetros.

EGILONA

Grave y doliente y altiva,
dice la noble cautiva
al emir que la encadena
y que contempla extasiado,
cual tesoro improprio,
a la gentil nazarena.

—Señor, me ordenan que acate
tu voluntad, y que mate
en tus brazos mi decoro;
que puesto que así lo quiso
mi aciaga suerte, es preciso
que te mienta que te adoro.

Me dicen que tienes fría
el alma cual tu guma,
un alma que no perdona,
y que ha de yacer contigo
la esposa de Don Rodrigo,
la sin ventura Egilona.

Egilona sin ventura,
que hoy maldice la hermosura
que hizo nacer tus antojos,
antojos que son agravios,
torpe suspiro en tus labios,
torpe caricia en tus ojos.

Egilona, sombra triste
de Egilona, que aún existe
porque aún en ti su honra fia;
porque por ti respetada
aún no ha sido mancillada
por tu poder la honra mia.

Dice trémula Egilona,
y con acento que abona
la hidalguía que se esconde
bajo la cota de acero
y oro y plata del guerrero,
Abdelazis le responde:

—Levanta, oh reina, esa frente
que brilla más refulgente
que el cielo en mis patrios lares,

más que tu rota diadema,
más que el sol que ardiente quema,
mis remotos aduares.

Nada torpe de mí esperes,
que aunque implacable me hieres
yo en ti a vengarme no acierto,
y pues libre ser anhelas,
ya lo eres cual las gacelas
que cruzan por el desierto.

Cual lo es la flotante bruma;
como el ave que su pluma
del sol en el rayo dora;
como la luz, como el viento,
cual lo era mi pensamiento
antes de verte, señora.

Mas si te vas de mi lado
malhaya el triunfo logrado
que a tal pena me somete;
malhaya la hora menguada
en que arrastró ensangrentada
tu bandera el Guadalete.

En que admiré tus hechizos
embriagadores, tus rizos
en que el aura juguetea;
tus ojos, ojos tan bellos
que de ellos, prendada, en ellos
la tentación centellea.

Tu tez tan fina y suave
como el plumón con que el ava
en el nido se engalana;
tu boca donde sus perlas
vertió la aurora por verlas
entre tus labios de grana.

Malhaya mi triunfo sea,
que si venci en la pelea
frente a frente al enemigo,
en vano en vencer me empeño,
al que fué de tu alma dueño,
como venci a Don Rodrigo.

Mas sin duda a Dios le plugo
someter al triste yugo
de su amor y tus desdenes
al que cien veces ciñera
cien coronas, si tuviera
cien coronas, a tus sienas.

Sin duda así Dios lo quiso
y si sufrir es preciso,
yo sufrir ya más no quiero.
Parte, pues, oh reina, parte,
yo le haré, al irte, olvidarte
al corazón con mi acero.

Y Abdelazis enmudece,
y en sus ojos resplandece
tal decisión, que Egilona
le responde conmovida:
—¡No me arrebatas tu vida
lo mismo que mi corona!

Y en tanto el noble agareno,
ébrio de amor, en el seno
del amor encuentra abrigo,
ya sin que nada le inquiete;
solloza en el Guadalete
la sombra de Don Rodrigo.

ARTURO REYES

EL REY DE LOS "DOCKS"

En el puerto de Southampton se va a proceder a la construcción de un *dock*, que será el más profundo y grandioso de cuantos existen en el globo.

La superficie líquida formará dentro de él un paralelogramo de 510 metros de largo (es decir más de medio kilómetro) por 120 de ancho.

En la bajamar ofrecerá a los buques un calado de 12 metros, y a marea alta de 16.

Actualmente los mayores navios calan a lo sumo once metros. El nuevo *dock* se construye, pues, con amplias vistas a lo porvenir.